

BREVE HISTORIA DE WINSTON CHURCHILL

José-Vidal Pelaz López



Colección: Breve Historia
www.brevehistoria.com

Título: Breve historia de Winston Churchill
Autor: © José-Vidal Pelaz López

Copyright de la presente edición: © 2012 Ediciones Nowtilus, S.L.
Doña Juana I de Castilla 44, 3º C, 28027 Madrid
www.nowtilus.com

Responsable editorial: Isabel López-Ayllón
Maquetación: Patricia T. Sánchez Cid

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ISBN-13: 978-84-9967-
Fecha de edición:

Impreso en España
Imprime:
Depósito legal:

A María José y a Diego, otra vez

Índice

Capítulo I. El pequeño Winston (1874-1895)	11
Una infancia victoriana	11
Ascenso y declive de Lord Randolph Churchill	20
Capítulo 2. El hombre más joven de Europa (1895-1901)	37
Algunas pequeñas guerras.....	37
La elección caqui.....	53
Capítulo 3. La rata de Blenheim (1901-1914)	65
El traidor (1901-1906).....	65
El reformista radical (1906-1911)	72
El guerrero (1911-1914)	85
Capítulo 4. Armagedón (1914-1918).....	101
De Amberes a Gallipoli (1914-1915)	102
Fuera de escena (1915-1916)	116
De vuelta a la guerra (1917-1918).....	123
Capítulo 5. Después del fin del mundo (1918-1929)....	131
En la paz como en la guerra (1918-1922).....	131

Cambio de pareja (1922-1924)	143
La toga de Lord Randolph (1924-1929).....	151
Capítulo 6. Profeta en el desierto (1929-1939)	163
Más allá del pasillo (1929-1935)	163
Se aproxima la tormenta (1935-1939).....	177
Capítulo 7. Sangre, sudor, fatiga y lágrimas (1939-1941) ...	197
Winston ha vuelto (1939-1940).....	198
Su mejor hora (1940).....	211
Solos (1940-1941)	221
Capítulo 8. Victoria y derrota (1941-1945)	225
La gran alianza (1941-1942)	225
El gozne del destino (1942-1944)	231
Sombras sobre la victoria (1945)	246
Capítulo 9. El último rugido (1945-1965)	257
De nuevo en el desierto (1945-1951)	257
El regreso del viejo león (1951-1955).....	268
Los años oscuros (1955-1965).....	279
Churchill, entre la historia y el mito.....	285
 Bibliografía.....	 293

I

El pequeño Winston (1874-1895)

*Randolph era irresistible. Tenía mucho más encanto, más ingenio.
Pero (su hijo) Winston es, con mucho, mejor que él.*

Herbert Asquith
Primer ministro británico

UNA INFANCIA VICTORIANA

El 30 de noviembre de 1874 se celebraba una animada fiesta en el Palacio de Blenheim. El séptimo duque de Marlborough era el anfitrión del tradicional baile de San Andrés al que habían sido invitados los principales nobles de la región además de los más destacados profesores y alumnos ilustres de la cercana y prestigiosa Universidad de Oxford. Sonaban los violines mientras una tropa de lacayos empolvados se esmeraba en atender a los invitados hasta en los últimos detalles.

Alguien definió Blenheim sarcásticamente como la residencia de un subastador que repentinamente hubiera



Vista Sur del Palacio de Blenheim,
situado en las afueras de Woodstock en Oxfordshire.
Fue construido entre 1705 y 1722. En 1987,
la UNESCO lo declaró Patrimonio de la Humanidad.

sido elegido rey de Polonia. Y, efectivamente, nunca ha dejado de sorprender el contraste entre esta fantasía del barroco italianizante y la suave campiña de Oxford sobre la que parece haber descendido. Su primer propietario todavía sigue allí, orgulloso, desafiando el paso del tiempo. La estatua en plomo de John Churchill, primer duque de Marlborough, le representa sobre una imponente columna, alejado del palacio, con águilas a sus pies y vestido como un emperador romano, proclamando ante la historia la gloria de sus triunfos.

El fundador de la dinastía Churchill fue uno de los hombres más poderosos de su tiempo. A comienzos del siglo XVIII era el comandante en jefe de los ejércitos británicos en la guerra de Sucesión española (1700-1713) que enfrentó a España, Francia y Baviera contra Inglaterra¹ y

¹ A lo largo de esta narración utilizaremos indistintamente las denominaciones de «Inglaterra» o «Gran Bretaña» si bien desde el siglo XVIII el nombre oficial del país es el de Reino Unido, integrado por Inglaterra, Escocia, Gales e Irlanda (desde 1922, sólo Irlanda del Norte o Ulster).



John Churchill, primer duque de Marlborough (1650-1722). En su larga carrera conoció momentos de esplendor, como el que refleja el cuadro, pero también sufrió el exilio, acusado de malversación de fondos.

Austria. En 1704 cuando las tropas francesas amenazaban con tomar Viena, John Churchill consiguió detenerlas, mediante una decisiva batalla librada cerca de la aldea de Blindheim. En agradecimiento Inglaterra otorgó al vencedor el tratamiento de héroe. Le fue concedido entonces el ducado de Marlborough (de ahí el «Mambrú» o «Malbrouk» del que hablarían las canciones infantiles francesas y españolas) para él y sus descendientes, un extenso terreno en Oxfordshire y una dotación de seis mil libras para construir allí un palacio que celebrara la victoria. El duque decidió bautizar a su futura residencia con el nombre (adaptado fonéticamente del inglés) del pueblecito

austriaco donde había cosechado su histórico triunfo. Así nació el palacio de Blenheim. Para los descendientes del primer duque aquel monumental edificio fue tanto un honor como una carga. Resultaba enormemente caro de mantener y la fortuna familiar ya no volvió a ser lo que en aquellos primeros y gloriosos tiempos.

Aquella fría noche de noviembre de 1874 en Blenheim un nuevo miembro de la familia Churchill estaba a punto de incorporarse a la saga. De pronto, en medio del animado baile, la joven nuera del séptimo duque sintió los inconfundibles dolores del parto. Intentaron trasladarla hasta su habitación, pero no hubo tiempo más que para llegar al cuarto de una de las criadas. Así vino al mundo Winston Leonard Spencer-Churchill, hijo primogénito de lord Randolph Churchill y Jennie Jerome² que se encontraban en Blenheim de visita. Lord Randolph, tercer hijo del séptimo duque de Marlborough, después de estudiar en Eton y Oxford, se dedicaba a la política y desde hacía un año, ocupaba un escaño en la Cámara de los Comunes³.

² En realidad los Churchill no descendían en línea directa del primer duque. Los dos hijos de este murieron en la infancia y sólo gracias a una ley especial del Parlamento el ducado pasó a su hija mayor Henrietta a la muerte de su padre en 1722. El único hijo de Henrietta falleció antes que ella, de modo que a su muerte el ducado pasó, un tanto irregularmente, al hijo de Anne, hermana de Henrietta, que se había casado con Charles Spencer, conde de Sunderland. Este hijo —llamado Charles Spencer como su padre— se convirtió en tercer duque de Marlborough. Los duques posteriores ostentaron el nombre de Spencer hasta 1817, cuando se agregó el nombre de Churchill (unido por un guión), en un esfuerzo por revivir la memoria del gran duque John. Comprensiblemente en la familia siempre se prefirió utilizar el segundo apellido al considerarlo de más solera y prestigio. Por lo que a la familia Spencer se refiere, uno de sus últimos y más populares descendientes ha sido Lady Diana Spencer, princesa de Gales.

³ Según la costumbre inglesa los hijos segundones de los nobles ostentan el título de lord como mera cortesía y con carácter vitalicio e individual, por eso Winston Churchill no tendría nunca ningún título nobiliario.

El romance de lord Randolph con su futura esposa había sido rápido, lo cual no sorprendió demasiado dado su carácter impetuoso. Lo que sí llamó más la atención fue la elección de Jennie Jerome como candidata. Los Jerome eran una familia norteamericana, por cuyas venas, se decía, corría sangre india iroquesa. El padre, Leonard Jerome, era algo así como un «tiburón» de la Bolsa de Nueva York que había ganado y perdido fortunas de millones de dólares. Como todos los ricos americanos pensaba que Europa era sinónimo de buena educación y elegancia y por ello enviaba a su esposa y a sus tres hijas largas temporadas a París. Tras la caída del Segundo Imperio francés en 1870, las Jerome se trasladaron a Inglaterra. En agosto de 1873 la familia acudió a las regatas de Cowes en la Isla de Wight, donde anualmente se concentraba lo mejor de la aristocracia británica y europea. Allí, en un baile organizado en honor de Nicolás, el heredero del trono de Rusia, Jennie —o «Jeanette», como a ella le gustaba ser llamada por considerarlo más «europeo»— se encontró con el joven Randolph Churchill. Él tenía veinticuatro años, ella diecinueve. El enamoramiento fue instantáneo y la boda tuvo lugar el 15 de abril del año siguiente en la embajada inglesa en París. Siete meses después nació el pequeño Winston. Para la familia Churchill emparentar con los Jerome no era precisamente ascender de categoría social. Hubo serias discusiones acerca del pedigrí de la novia y, también, sobre su fortuna, ya que por entonces Leonard Jerome se encontraba en una de sus fases descendentes. La indómita voluntad de lord Randolph y una dote de cincuenta mil libras esterlinas, acabarían imponiéndose.

El recién nacido Winston era un niño doblemente afortunado. Había venido al mundo en el seno de la clase social dominante en un país a su vez hegemónico en el concierto mundial. A finales del siglo XVIII había



Lord Randolph Churchill (1849-1895) en una fotografía tomada hacia 1883. Por esa época destacaba gracias a su provocativa actividad en la Cámara de los Comunes, destinada a desgastar al gobierno liberal.

comenzado a producirse en Inglaterra el proceso conocido como Revolución Industrial como consecuencia del cual consiguió encaramarse al liderazgo mundial. La aplicación de la máquina de vapor a la producción manufacturera hizo que a mediados del siglo XIX, Inglaterra fuera conocida como «el taller del mundo», siendo su potencia económica superior a la del resto de las naciones juntas. Londres, con dos millones y medio de habitantes en 1850 y casi seis al finalizar el siglo era la urbe más grande de Europa y la capital financiera del mundo. Desde 1837 regía los destinos del país la reina Victoria. Su nombre serviría para denominar la época más brillante de la historia británica.

Sin embargo, al lado de los privilegiados como Churchill, en Inglaterra había también otra sociedad, la que integraban las tres cuartas partes de los británicos, un universo desconocido para el pequeño Winston y los de su clase. Entre 1870 y 1900, el país más próspero y poderoso, vio como seis millones de sus hijos emigraban en busca de mejores oportunidades. En Londres vivían cientos de miles de personas mal alimentadas, era esa sociedad de los barrios pobres y de los hospicios que describe Charles Dickens en novelas como *Oliver Twist*. A finales de siglo, los obreros, impacientes por defender sus derechos, comenzaron a organizarse políticamente. Así en 1892 nacía el Partido Laborista que conseguirá sus primeras actas de diputado a comienzos del siglo XX.

En la sociedad victoriana, rígidamente jerarquizada y estructurada, la clase de gente como los Churchill vivían dentro de una auténtica urna de cristal. Eran una de esas tres o cuatro mil familias que en Inglaterra constituían las clases altas (*upper class*) que daban lugar al establishment, el fundamento o base de la sociedad. Sus vidas eran fáciles y su mayor preocupación consistía precisamente en qué hacer con ellas. Lord Randolph decidió dedicarse a la política, puesto

que la administración de las posesiones familiares estaba todavía en manos de su padre y luego lo estaría en las de su hermano mayor. Para su joven esposa americana el panorama era más sencillo, simplemente debía mostrarse encantadora en las reuniones de la alta sociedad que frecuentaba. En estas condiciones no puede decirse que el pequeño Winston —Winnie, como se le llamaba familiarmente— recibiera demasiadas atenciones por parte de sus atareados padres. Así que Winnie fue confiado a una *nanny* llamada señora Everest, quien a lo largo de los siguientes veinte años sería su segunda madre, y muchas veces la primera. Churchill, que adoraba a sus padres, siempre lamentó no haber podido compartir más tiempo con ellos. Por decirlo con sus propias palabras: «Mi madre siempre me pareció una princesa de cuento de hadas [...] Brillaba para mí como la estrella polar. Yo la quería mucho, pero a distancia».

Los primeros recuerdos que Churchill afirmaba tener de su vida, no eran de Inglaterra, sino de Irlanda. Allí se desplazó la familia cuando su abuelo fue nombrado virrey, llevándose consigo, a título de secretario político, a lord Randolph. El virreinato de Irlanda no era un destino demasiado apetecible porque la isla, en perpetua tensión por la hostilidad entre católicos y protestantes, representaba uno de los más serios problemas con que se enfrentaba el Estado británico. Las exigencias de autonomía (llamada *Home Rule*), o abiertamente de independencia, eran cada vez mayores. Afortunadamente, los tres años que los Churchill vivieron en la residencia del virrey en el Castillo de Dublín no fueron particularmente conflictivos. Por aquel entonces el pequeño Winston, un diablillo de cara redonda y pelo rojizo, empezaba a dar muestras de su carácter y de las carencias de una educación en la que no están presentes los padres.



Jennie Jerome (1854-1921), en un retrato realizado hacia 1880. Mujer de gran belleza que tuvo tres maridos y numerosos amantes entre los cuales, al parecer, se contó el rey Eduardo VII. En 1974 su vida sería objeto de una serie televisiva

La señora Everest se las veía y deseaba para controlarlo. Se contrataron los servicios de una institutriz más severa, Miss Hutchinson, que intentó familiarizarle con las letras y los números. Su primer libro se titulaba *La lectura sin lágrimas*. A veces se escapaba de las clases y se escondía entre los árboles del jardín. Era terco hasta la violencia. Los criados le temían. Empezaba a mostrar todos los rasgos típicos de un niño malcriado. En 1880 cuando contaba apenas seis años, su madre dio a luz a su segundo hijo, Jack. El contraste entre los dos niños se haría pronto patente. Mientras Winston era rebelde, autoritario y alocado, el pequeño Jack siempre se caracterizaría por un espíritu tranquilo y un carácter condescendiente. Su dominante hermano haría de él un continuo y obediente compañero de juegos.

En 1880 se celebraban elecciones generales en Inglaterra y los Churchill regresaron a casa para que lord Randolph pudiera participar en ellas. Si bien personalmente logró conservar su escaño, el partido conservador (*tory*) al que pertenecía cosechó una sonora derrota que lo alejó del poder en beneficio de los liberales de Gladstone (*whigs*). Esto significó también el fin del virreinato irlandés del duque de Marlborough que regresaba a Blenheim mientras que los Churchill volvían a su casa londinense en St. James's Place.

ASCENSO Y DECLIVE DE LORD RANDOLPH CHURCHILL

Para lord Randolph, como luego lo sería para su hijo Winston, el centro de sus ambiciones era el Parlamento y más en concreto la Cámara de los Comunes con sede en Westminster (Londres). Ese era el punto neurálgico en la vida del país. La Cámara de los Lores, de carácter



Jennie con sus dos hijos, en una fotografía de 1889. Jack Churchill combatió en la guerra de los Bóers y en la Gran Guerra y llevó una vida discreta como corredor de bolsa en la *City*, como se denominaba a Londres. La relación con su hermano fue de gran cercanía hasta su fallecimiento en 1947.

hereditario y formada por los grandes terratenientes, había ido perdiendo peso político aunque continuaba ejerciendo funciones de Tribunal Supremo y además podía vetar las decisiones de los Comunes. Desde la Gran Revolución de 1688 el sistema político británico había evolucionado hacia una monarquía constitucional y parlamentaria que terminó de definirse con el triunfo de las ideas liberales durante el reinado de Victoria. Durante mucho tiempo el derecho de voto estuvo restringido a las clases más poderosas del país. Para poder ejercer el sufragio era preciso poseer unos determinados niveles de riqueza. Esta oligarquía que monopolizaba la vida

política se presentaba dividida en dos grandes grupos: el partido *tory* o conservador y el *whig* o liberal, si bien las diferencias ideológicas entre ambos no eran muy relevantes. El gran éxito del sistema político británico estribó en que sus dirigentes comprendieron pronto que el inmovilismo sería la receta segura para la revolución social. De este modo, de forma dosificada pero imparable, el sistema fue transformándose. Primero con la gran reforma de 1832, luego con la de 1867 y finalmente con la de 1884-1885, después de la cual prácticamente se había alcanzado el sufragio universal masculino. Había quedado abierto el camino hacia la democracia, que no se consolidaría hasta entrado el siglo siguiente con la concesión del voto a la mujer.

Entre 1880 y 1885 lord Randolph Churchill se convirtió en la estrella ascendente del panorama político nacional. La suya fue una de las más rápidas y trágicas carreras políticas de la Inglaterra victoriana. Estando en el poder los liberales de Gladstone, lord Randolph orientó toda su actividad a desarrollar una tremenda oposición que, por un lado, debilitase al partido en el gobierno y, por otro, sirviera para colocarle como hombre fuerte en el suyo propio. Pronto se dio cuenta de que si los *tories* deseaban volver al poder deberían desarrollar una mayor sensibilidad social que atrajera más voto popular, para lo cual retomó la idea de Disraeli de «democracia conservadora». Para algunos, se trataba simplemente de una táctica desprovista de escrúpulos propia de un cínico y demagogo, pero lo cierto es que provocó una revolución en el panorama parlamentario británico. Lord Randolph fue uno de los primeros políticos en recorrer el país haciendo propaganda electoral. Su público le gritaba: «¡Pégales fuerte, Randy!». Junto con otros agitadores fundó el llamado «cuarto partido» (el tercero eran los nacionalistas irlandeses) un subgrupo dentro de los *tories* caracterizado por su agresividad y



«El cuarto partido», según dibujo publicado en *Vanity Fair* en 1880. Junto a lord Randolph aparecen Arthur J. Balfour, Henry Drummond-Wolff y John Eldon Gorst. Su forma de hacer oposición revolucionó los Comunes. Winston se inspiraría en ella a comienzos de su propia carrera.

sus formas destempladas. Le gustaba llamar la atención y solía dirigirse a los Comunes pedaleando en su bicicleta. Lucía un audaz bigote, sobre el que resaltaban sus ojos saltones, vestía como un auténtico *dandy* y fumaba con una boquilla de ámbar con un gran diamante engastado. Resultaba difícil de tratar incluso para sus propios correligionarios. Un testimonio de la época resume lo que muchos pensaban de él: «A pesar de su notable sagacidad, no resulta en absoluto fiable; apenas puede considerársele un *gentleman* y lo más probable es que esté algo loco». El más apasionado y entregado de los seguidores de lord Randolph fue, sin duda, su hijo Winston. Para un niño el modelo paterno es siempre un punto de referencia inevitable y, si bien como padre no tenía mucho que ofrecer, por lo menos como político proporcionó a su hijo argumentos para poder sentirse orgulloso.

Por esas fechas, a la edad de siete años, Winston Churchill ingresó en la escuela preparatoria. Era el camino tradicional para luego poder acceder a una *public school* prestigiosa como Eton o Harrow. El centro elegido fue la escuela de St. George en la localidad de Ascot, un internado de moda para los hijos de las clases acomodadas. Esto implicaba el alejamiento del seno de la familia y también de la señora Everest, su refugio y consuelo hasta entonces. A finales de 1882 el pequeño Winston fue conducido por su madre a su nuevo destino. Para un niño acostumbrado a retozar a sus anchas, el contraste fue brutal. Los dos años que Winston paso en Ascot fueron, según él, los peores de su existencia, «una temporada gris y sombría [...] un interminable período de aburrimiento y el ciclo más desgraciado de mi vida [...] Contaba los días y las horas que faltaban para el final de cada trimestre». La disciplina era la norma básica y se imponía de forma brutal. El castigo físico a los niños era aceptado socialmente como una manera de endurecer el cuerpo y el espíritu y de contribuir a generar futuros líderes para el Imperio.

Churchill se negaba a estudiar aquellas materias que le desagradaban. Su mayor interés residía en el aprendizaje de la lengua inglesa. Fue precoz en la lectura, su obra preferida era *La isla del tesoro* de R. L. Stevenson, y también le interesaba la Historia. Sus calificaciones en términos generales fueron nefastas y los informes de sus profesores, decepcionantes. Su soledad era compensada por las frecuentes visitas de la señora Everest que, una vez más, suplía a sus ocupados padres. Otro alivio para su desgracia lo encontraba Winston durante las vacaciones de verano. Solía pasar largas temporadas en el Palacio de Blenheim junto a su hermano Jack y su abuela materna que le consideraba «un pequeño *bulldog* travieso y de pelo alborotado».

El encuentro con el santuario de Blenheim dejó en el pequeño Winston una huella imborrable. Recorrió los inmensos salones, las más de trescientas habitaciones, admiró las armaduras y uniformes, los cuadros, los trofeos de guerra del legendario Marlborough y los murales representando sus victoriosas batallas. Puede decirse que allí tomó conciencia de su linaje, de lo que su apellido representaba. Su mente infantil se llenó de ecos de antiguas gestas gloriosas que algún día él se encargaría de revivir.

En 1884 las privaciones a las que se veía sometido en Ascot acabaron por pasar factura. Enfermó gravemente de los pulmones y se temió por su vida. El informe médico y la insistencia de la señora Everest acabaron por decidir a los Churchill. Era necesario un cambio de clima. El colegio de las señoritas Thomson en Brighton supuso ciertamente una mejoría. No sólo porque la cercanía del mar fuese beneficiosa para el restablecimiento del pequeño Winston, sino también porque la institución que regentaban estas dos ancianas solteras en nada se parecía al cuartelario St. George. Entre 1884 y 1888 Churchill completaría allí su educación preparatoria. Sus hábitos y costumbres, sin embargo, no cambiaron. Continuó siendo rebelde e indisciplinado. Algunas de las peleas en las que se vio envuelto tuvieron que ver con las burlas de sus compañeros debido a un sensible ceceo que padecía.

Su salud mejoró y también sus calificaciones que, sin embargo, continuaron siendo mediocres. La Historia y la Poesía eran sus materias favoritas. Empezó a disfrutar con el deporte y alcanzó algunos triunfos jugando al *rugby*. También practicó *cricket*, natación y equitación. Consciente de su debilidad física —era relativamente bajo para su edad y su salud no era muy fuerte— intentó robustecerse mediante el ejercicio continuado. Durante su estancia en Brighton, Winston empezó a descubrir



El pequeño Winston retratado en 1881 en Dublín, cuando su abuelo era virrey de Irlanda

que era el hijo de un hombre importante. El pequeño se enorgullecía de que lord Randolph ocupara la atención de los periódicos y de que se le tuviera por el mejor orador de Inglaterra. En el colegio Winston se negaba a jugar con los hijos de los políticos liberales y protagonizó más de una pelea por esta causa. Tanta lealtad y devoción no eran ni mucho menos correspondidas. El padre tenía a su hijo en un bajo concepto. Sus notas era malas y sus indisciplinas continuas. Y además el niño no hacía más que quejarse pidiendo atenciones, visitas y dinero. Por esa época lord Randolph estaba, además, auténticamente atareado. En 1885, por fin, se produjo la caída del gobierno liberal de Gladstone. Conforme a todas las previsiones lord Randolph Churchill, con tan solo

treinta y cinco años, entraba en el Gabinete conservador presidido por lord Salisbury con el puesto de secretario de Estado para la India.

Que hacer oposición es una cosa y gobernar otra muy distinta es algo que en el caso de lord Randolph resultó particularmente evidente. Su talento a la hora de desgastar al Gobierno anterior había resultado indudable, pero una vez en el poder quedó claro que tenía escasos, por no decir nulos, objetivos estratégicos. Revoloteaba tanto en sus planteamientos, que Gladstone le comparaba con una mosca. Pasaba del librecambismo al proteccionismo, de apoyar la autonomía para Irlanda a defender la integridad territorial del Reino Unido. Lo más destacado de su ministerio fue la anexión de la Alta Birmania al Imperio británico de la India. Su carrera, no obstante, parecía imparable. En julio de 1886 Salisbury le designaba canciller del Exchequer —equivalente a ministro de Hacienda— en un nuevo Gobierno⁴. Tradicionalmente este cargo era el último escalón antes de llegar a ser primer ministro. Lord Randolph estaba en lo más alto de lo que Disraeli llamó «el poste engrasado de la política». Y entonces sobrevino lo impensable.

En vez de ver colmadas sus aspiraciones y dedicarse a esperar pacientemente a que llegara el momento oportuno para su asalto a la jefatura del Gobierno, lord Randolph decidió jugárselo todo de forma repentina a una sola carta. El 20 de diciembre de 1886 presentaba su dimisión, después de tan sólo cinco meses en el cargo,

⁴ La designación de los cargos que componen el Gobierno británico es muy peculiar. Los Ministerios son llamados habitualmente *Offices*, al frente de las cuales está un secretario, puesto que equivale al de ministro. Así el *War Office* es el Ministerio de la Guerra, el *Foreign Office* el de Exteriores o el *Indian Office*, que ocupó lord Randolph, el de la India. Otros puestos gubernamentales tienen denominaciones específicas, como es el caso del ministro de Hacienda, tradicionalmente llamado *canciller del Exchequer*.

tras ser rechazada por el resto del Gabinete su propuesta de reducción de gastos militares. Probablemente esperaba con su gesto forzar una crisis gubernamental. No obstante, muy lejos de dejarse intimidar, el primer ministro aceptó tranquilamente la renuncia y le dejó marchar casi con alivio. Con apenas treinta y siete años la vida de lord Randolph Churchill estaba prácticamente arruinada. A pesar de sus constantes esfuerzos por volver a gozar del favor oficial, nunca volvería al poder. Su partido se volvió contra él, acusándole de traición. La reina Victoria, que lo conocía desde hacía tiempo, siempre pensó que era un «hombre loco y extraño».

A su alrededor todo empezó a derrumbarse. Sus finanzas que nunca habían sido saneadas entraron en crisis. Los Churchill siempre habían vivido muy por encima de sus posibilidades. Tenían varias casas, cuadra de caballos, viajaban frecuentemente por Europa y lord Randolph era asiduo visitante (y cliente) de Montecarlo. Tampoco fue muy afortunado con sus especulaciones financieras. A todo ello se unió una crisis matrimonial, gestada durante años y que ahora se hizo evidente. Pero lo más grave estaba aún por llegar. La salud de lord Randolph nunca había sido buena y los últimos acontecimientos contribuyeron a debilitarla. Existen varias explicaciones sobre el origen de su enfermedad. La más extendida apunta a que habría contraído una enfermedad venérea degenerativa durante alguna de sus variadas aventuras amorosas. Antes de la invención de la penicilina, la sífilis en su variante más grave, conducía a la parálisis, la locura y la muerte. Durante los nueve años que siguieron a su salida del poder en 1886, este fue el trágico descenso a los infiernos de Lord Randolph Churchill.

La caída en desgracia de su padre afectó duramente a un Winston acostumbrado a verle respetado y poderoso. El nuevo estado de cosas no supuso, sin embargo, una mejora de las relaciones de lord Randolph con su hijo.

PUNCH'S FANCY PORTRAITS.—NO. 47.



LORD RANDOLPH CHURCHILL, M.P.

THERE IS A MIDGE AT WESTMINSTER,
A GNATTY LITTLE THING,
IT BITES AT NIGHT
THIS MIGHTY MITE,
BUT NO ONE FEELS ITS STING,
ITS NOISE PERSISTENT, SHRILL,—SO SOME
SAY THERE'S NO STING, BUT 'TIS ALL "HUM."

Caricatura de lord Randolph publicada en la revista satírica *Punch*, en 1881. Aparece representado como un mosquito, de ruido persistente, capaz de atacar hasta en medio de la noche.

Entre los recuerdos de Winston de aquella época están unas vacaciones en Francia y una visita al circo. También una cita con un amigo de su padre, Bram Stoker, el creador literario de *Drácula*, un encuentro fascinante para un adolescente fantasioso y amante de los relatos de misterio y

aventuras. El creciente deterioro mental de lord Randolph le hacía alejarse cada vez más de todo y de todos. Sus cambios de humor eran constantes. A veces pensaba que su vuelta al poder era cuestión de días. En otras ocasiones pasaba largas horas sentado, fumando solo en una habitación. Para alejarse de sus preocupaciones hizo largos viajes por el extranjero, a África y Oriente, lo cual no hizo sino acrecentar las dificultades económicas de la familia. Su esposa Jennie soportó este calvario con gran entereza y a pesar de las diferencias pasadas, en ningún momento abandonó a su marido.

En 1888 llegó el momento de que el pequeño Winston, ya en la adolescencia, abandonara la escuela preparatoria. Su destino natural era la *public school* de Eton, donde su padre había estudiado. Sin embargo la decisión final, tuvo que ver, de nuevo, con su salud. Se eligió Harrow porque, al estar situado sobre una colina, su clima era más saludable que el establecimiento rival ubicado a la orilla de un río. Los cuatro años que pasó allí contribuyeron a reforzar la pobre impresión que sus padres tenían de él. De nuevo desinterés por los estudios, indisciplina y malas calificaciones. En Harrow Winston fue un chico solitario, un crío rechoncho, pecoso y de pelo rojizo, con dificultad para hacer amigos y frecuente objeto de las crueles bromas a que son tan aficionados los adolescentes. Todo ello, sin embargo, contribuyó notablemente a fortalecer su carácter. Nunca rehuía una pelea y su valor se hizo célebre.

A pesar de su fama de alumno mediocre, en realidad Winston era muy inteligente para las cosas que le agradaban. Odiaba el Latín y las Matemáticas pero poseía una enorme capacidad de concentración y una poderosa memoria. Y, sobre todo, Churchill reveló un enorme talento para las palabras y una notable capacidad de expresión. Una de las pocas cosas que reconocería haber aprendido en Harrow fue «la construcción de una oración inglesa que es una estructura noble». Tanto

es así, que les escribía las redacciones en inglés a otros chicos a cambio de que ellos le hiciesen las de latín, su auténtica bestia negra. Con todo, el periplo por Harrow fue penoso y tuvo que repetir curso; nunca llegó a lo que hoy sería el equivalente del bachillerato. Sin embargo, su paso por la *public school* le proporcionó algunas lecciones importantes para la configuración de su personalidad. Confirmó su firme convicción de la necesidad de confianza en uno mismo y en las propias fuerzas. Desarrolló su sentido caballeresco del honor del que haría gala el resto de su vida. También reafirmó su idea de que el destino ayuda a quienes se ayudan a sí mismos y que sólo los más valerosos sobreviven. Por último, subrayó su devoción y admiración hacia todo lo británico, hacia los valores del Imperio.

Sus malos resultados académicos llevaron a sus padres a preocuparse seriamente por su futuro. Para un chico de su clase social las alternativas no eran muchas: Derecho, el Ejército o la carrera eclesiástica. Estaba claro que sus malos resultados le cerraban la posibilidad de acceder a la universidad. La decisión final llegaría de forma fortuita. Los soldados de plomo eran la distracción principal de Winston durante su infancia. Él mandaba un ejército y su hermano Jack otro. En total sumaban hasta mil quinientos hombres. Un día se presentó lord Randolph, en una de sus escasas visitas, para una inspección general. Todas las fuerzas estaban formadas y dispuestas para el ataque. Lord Randolph se pasó veinte minutos estudiando la escena. Se volvió después hacia Winston y le preguntó si quería ser soldado. Su respuesta afirmativa decidió su futuro. Su padre, que andaba dándole vueltas a qué hacer con un hijo relativamente inútil que no avanzaba en los estudios, le tomó la palabra. Winston se sintió feliz porque creyó que su padre había visto en él a un futuro genio militar, cuando en realidad lord Randolph optó por

el Ejército porque pensaba que su hijo no valía para ninguna otra cosa.

Así, la última etapa de su estancia en Harrow consistió en la preparación militar para ingresar en Sandhurst, la más importante academia militar del Reino Unido. En tres ocasiones tuvo Winston que presentarse al examen, hasta conseguir finalmente el aprobado. Fue una experiencia humillante para él y desesperante para su padre. Con el puesto 95 entre 389 aspirantes el joven Winston sólo pudo ingresar en caballería, un arma para la que se requería menor capacidad intelectual y mayor poder adquisitivo, ya que había que sufragarse la compra del propio caballo. Para su padre, cada vez más arruinado, esto era el colmo. La dura reprimenda que dirigió entonces a su hijo representó la culminación de los peores años de la vida de Winston Churchill, alumno inadapado y mediocre, e hijo abandonado y necesitado de cariño:

Si no puedes renunciar a la vida perezosa, frívola y vana que has llevado en los años de colegio y en estos últimos meses, te convertirás en un desecho social, en uno de los miles de fracasados de las *public schools*, para hundirte luego en una existencia mediocre, desgraciada e inútil.

El eco de estas palabras acompañaría a Churchill durante el resto de su vida. Su existencia estará marcada por la obsesión en desmentir el profético juicio de lord Randolph. Su empeño será demostrarse a sí mismo que podía ser igual o mejor que cualquiera, incluido su propio y exigente progenitor.

Los dieciséis meses de preparación militar que Churchill pasó en Sandhurst, entre 1893 y 1895, fueron

para él los más gratificantes de todo su proceso educativo. Por fin podía dedicarse a lo que le gustaba. No habría más Latín, ni Griego ni Matemáticas. Táctica, Fortificación o Topografía eran las nuevas materias que demandaban su atención. La Historia militar y, sobre todo, la vida y hazañas de los grandes caudillos como Napoleón o el propio Marlborough, le fascinaban. Las largas sesiones de equitación, de hasta ocho horas seguidas, hicieron de él un consumado jinete y reforzaron su hasta entonces débil constitución física. Su aspecto había mejorado con el fin de la adolescencia. No era excesivamente alto, pero había adelgazado y mostraba un porte distinguido. Los brillantes uniformes (una debilidad que sería una constante en su vida), iban muy bien con sus ya indisimulables manías de grandeza. El de diario de color azul; el de gala, rojo y oro. Tampoco descuidó las diversiones, aficionándose por aquella época al champán y a los gustos caros. Sus relaciones con el resto de los cadetes eran buenas y solían divertirse en los lugares de moda. La experiencia de Sandhurst sería definitiva en la formación de Winston Churchill. Este aprendizaje militar le iba a ser muy necesario en el futuro.

El año 1895 fue decisivo para el joven Churchill. El 24 de enero, a la edad de cuarenta y cinco años moría lord Randolph convertido en una sombra de lo que en tiempos fuera. Avejentado, barbudo y con mal color, su enfermedad había desembocado en auténtica demencia. Durante sus últimos años había sido, como dijo uno de sus amigos, «el presidente del cortejo fúnebre de su propio y prolongado funeral». Para Winston significaba el fin de su sueño de conocer mejor a su padre. Pero también representaba la posibilidad de volar libre sin el agobio de un progenitor irascible, exigente y siempre descontento. Puede decirse que Winston no llegaría a conocer a su padre hasta bastantes años después, cuando



Winston con su uniforme del 4.º Regimiento de Húsares a la altura de 1895. Su paso por la Academia de Sandhurst resultó gratificante después de sus anteriores experiencias escolares.

se decidió a escribir su biografía. El 20 de febrero de 1895 el subteniente Winston Spencer Churchill recibió su diploma oficial. Hacía el número veinte entre los ciento treinta cadetes de su promoción. Al mes siguiente era nombrado oficialmente para el 4.º Regimiento de Húsares. El 3 de julio de ese mismo año fallecía la señora Everest. Su muerte significó para Churchill una

pérdida tremenda, el último lazo que quedaba con su infancia. Como diría más adelante: «Fue mi amiga más querida y más íntima durante los primeros veinte años de mi vida». Winston asistió a su entierro en Londres y sufragó su lápida. Lloró entonces como no lo había hecho en el sepelio de su padre.

A punto de cumplir los veintiún años, una etapa se cerraba en la vida de Winston Churchill. Atrás quedaban sus fracasos escolares y las exigencias paternas. A pesar de lo limitado de su educación mostraba una notable intuición y una implacable determinación para superar cualquier obstáculo. Las dificultades y las carencias afectivas de su infancia le habían endurecido. Ahora era un joven egoísta y ambicioso que tenía todo un mundo por conquistar. Su objetivo final era la política, obsesionado como estaba con emular y superar la trayectoria de un padre que siempre le había menospreciado. Pero antes debía hacerse notar porque eso le abriría las puertas de la Cámara de los Comunes. Como él mismo diría, el mundo se presentaba ante sus ojos como la cueva de Aladino. Sólo tenía que entrar y apoderarse del tesoro.